

trabajos que usted hace para su profesor de inglés son, digamos, un tris temperamentales. Más aún: parece que a usted le gustaran unos autores más que otros”.

LUIS H. ARISTIZÁBAL

Erudito escritor, empedernido trashumante

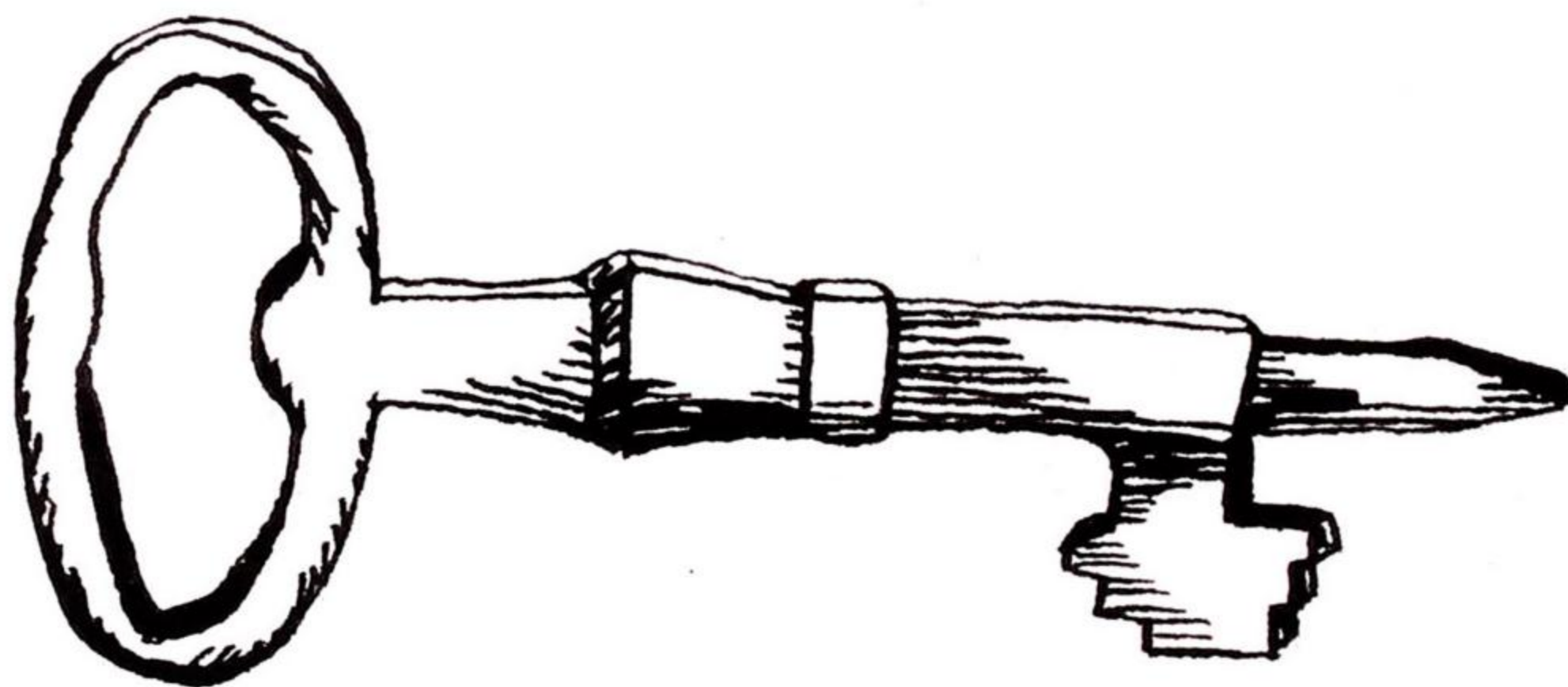
Crónicas de un caballero andante, 1958-1999

Germán Espinosa

Ediciones Aurora, Bogotá, 1999, 427 págs.

En Colombia desde los inicios del periodismo, en 1791, hasta nuestros días, los periódicos se han convertido en el refugio de políticos, escritores e intelectuales. Algunas veces en las diferentes secciones periodísticas han nacido y se han formado grandes escritores y no pocas veces grandes obras. En la crónica y en el reportaje, sobre todo, han crecido la mayor parte de los principales escritores colombianos. Con el tiempo esos trabajos han sido recopilados en volumen, casi siempre cuando el escritor ha alcanzado la gloria, convertidos en indispensables documentos de estudio de los comentaristas, críticos y expertos literarios. Así, el libro *Crónicas de un caballero andante* del afamado escritor cartagenero Germán Espinosa (1938) es un claro ejemplo de lo dicho: en las 427 páginas que integran el libro se puede hacer el lector una idea bastante aproximada del proceso formativo del escritor, de la evolución de su pensamiento, de sus gustos, etc. En efecto, el volumen es una selección que comienza con una crónica, escrita en 1958, sobre Gonzalo Arango y el nadaísmo, y termina con una escrita en 1999 sobre el fin del siglo y el surgimiento de las religiones de

la desesperanza, pero cuyo mayor énfasis está centrado en las crónicas escritas y publicadas por Espinosa en la década de los setenta. Subrayando que, salvo las doce crónicas sobre Kenia, cada una de las cincuenta y nueve crónicas sólo tiene el año en que fue escrita, el lector tiene que poner mucha astucia para adivinar si fue escrita y publicada en un diario o revista de Bogotá, Cartagena, Lima, Berlín, Múnich, Copenhague o Nairobi. Sin embargo, algunos hechos narrados en las crónicas, al ser editados, en el volumen que nos ocupa, cuentan el final de las historias, lo que les da un importante valor testimonial, pero sobre todo cierto sabor a que todo tiempo pasado fue mejor.



Sin lugar a dudas, don Germán Espinosa es un erudito escritor y un empedernido trashumante. En la selección publicada por Ediciones Aurora podemos apreciar buena parte de los intereses del consagrado escritor cartagenero: la literatura, la pintura y el cine: “La diva y la misántropa” (1974), en la que nos recuerda a la “divina” Greta Garbo; “Palabras sobre Ingmar Bergman” (1974), sobre el gran director sueco, crónicas que nos evocan la época no muy lejana en que se realizaban en Bogotá ciclos de grandes actores y directores, que permitían a los cinéfilos viejos recordar y a los jóvenes conocer grandes figuras del cine mundial. En “La muerte de Vittorio de Sica” (1974), Espinosa hace una semblanza del gran director del neorrealismo italiano. Podemos conocer sobre los estudios regulares de

Espinosa, cumplidos en el cartagenero Colegio de La Esperanza, institución que Espinosa lleva en su corazón (1970), y un periodo importante de formación como fue su estadía de un año en Nairobi (Kenia), siguiendo tal vez los pasos de Hemingway pero sin interesarse por la caza y demás aficiones que apasionaron al gran escritor norteamericano. En total aparecen doce crónicas de ese periodo africano: “Divide y vencerás” (1977), que versa sobre las tribus indígenas de Kenia; “El arte africano” (1977), que pasa rápidamente revista a la rica y casi anónima producción artística africana, “Claruscuros africanos” (1977), “En el país de los maasais” I y II (1977), “El asesinato de Kariuk” (1977),

“Las raíces milenarias” (1977), “Festus, el askari” (1978), “La prisión de Ngugi” (1978), “La gran veda” (1978), “El expatriado imprescindible” (1978), que son un buen ejemplo de la observación de un latinoamericano sobre unas culturas y países totalmente desconocidos, de los que solamente nos acordamos cuando sus grandes atletas pulverizan las marcas mundiales de medio fondo y fondo, o cuando observamos en la televisión unas impresionantes tomas sobre el hambre allí existente, pero que están más cerca de lo que imaginamos. Gran parte del choque cultural que debió sufrir Espinosa en África se aprecia en “Grass y la intolerancia” (1978), que cuenta la poca grata experiencia del hoy premio Nobel de literatura, el alemán Günter Grass, ante los escépticos estudiantes de la Universidad de Nairobi.

La fascinación de Espinosa por algunos hechos desconocidos o un tanto olvidados, como "Las epidemias de la antigüedad" (1970), que lo revela como un buen lector de la moderna historiografía francesa (Escuela de Annales); "Ecos del gran Festín", I y II (1975), sobre los hechos injustos y sangrientos de la segunda guerra mundial; "Los fantasmas de Juan Carlos" (1975), que es una deliciosa crónica sobre la calma salida de España, al triunfar los republicanos, de doña Victoria de Battenberg, abuela del actual rey de España. O un consecuente crítico de ciertas actitudes pacatas de nuestra sociedad: "Variaciones en torno al pudor" (1970).



Sin lugar a dudas, Germán Espinosa es un curioso observador de la situación internacional: "La gota fría sobre Washington" (1971), "Fábula del dragón y del tigre de papel" (1972), "El cisne de la paz" (1972), centrados en los inicios de la apertura de China comunista a Occidente durante la década de los setenta; observaciones que no sólo abarcan el a veces lejano Oriente sino países latinoamericanos como Argentina: "Avatares del populismo" (1973), donde nos recuerda el regreso del justicialismo de Juan Domingo Perón al gobierno de la Argentina y sobre todo la figura, últimamente esquema-

tizada y caricaturizada gracias a ciertas obras de teatro y cine, del dictador. Regreso del justicialismo que desembocó en la toma del poder por las fuerzas armadas y en una de las más tristes y vergonzosas historias de desapariciones, asesinatos políticos y violencia que recuerde Latinoamérica (recuérdese el informe de Sábato sobre los desaparecidos en Argentina). O un buen conocedor de la historia: en las dos crónicas sobre "El verdugo de Lyon" (1972) hace una excelente y bien documentada semblanza de Klaus Barbie, el oficial de la Gestapo que ejecutó monstruosamente a muchos seres humanos en la segunda guerra mundial, destacándose, especialmente, la tortura y muerte de Jean Moulin, el máximo dirigente de la Resistencia francesa, cuando Barbie actuó como regente en Lyon y quien, después de la guerra y con la colaboración de los Estados Unidos, logró huir, bajo el nombre de Klaus Altmann, a La Paz (Bolivia), ciudad en la que, a principios de la década de los setenta, fue descubierto por cazadores de nazis. Barbie se vinculó, mediante negocios turbios, a los regímenes castrenses bolivianos y, gracias a la colaboración con ellos y con los Estados Unidos, no prosperaron los insistentes pedidos de extradición del gobierno francés. Según parece, las solicitudes francesas y la presión internacional lograron su objetivo, y Barbie fue finalmente conducido a Lyon. Juzgado por segunda vez, a mediados de 1987, fue condenado a una piadosa prisión perpetua, en consideración a su edad. Murió unos años después en la cárcel. Aunque lo que muestran otras crónicas, como "La ciencia díscola" (1973), es un marcado interés por los desafueros, de izquierda y derecha, de los regímenes capitalistas y comunistas.

Gracias a la recopilación hecha por Ediciones Aurora recordamos, en "Los sacerdotes del terror" (1972), al ojo tapado Moshe Dayán, ministro de Defensa de Israel, y gran héroe de la guerra de los Seis Días, luchando contra el terrorismo en su país de origen y promoviendo venganzas contra los enemigos de los judíos. Para balan-

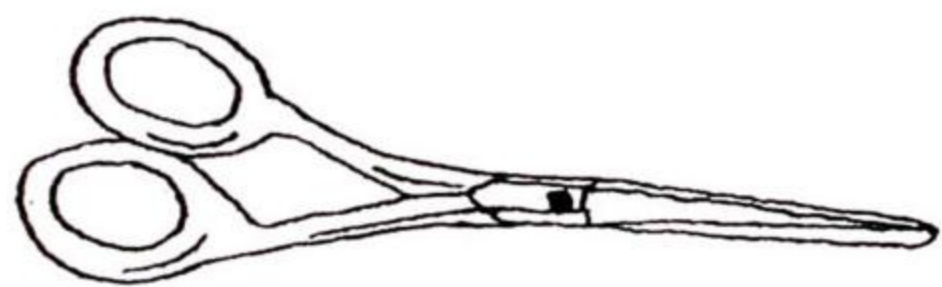
cear la cosa, nos muestra en "El nuevo Mahoma" (1972) un coronel Muamar al-Gadafi imponente, respetuoso de sus tradiciones islámicas, un seguidor a pie junto de Nasser y, obviamente, un temido enemigo de Occidente y del sionismo internacional. A propósito del conflicto en el Oriente Medio, escribió en 1973 una luminosa crónica, "El síndrome del oro negro", en la que concluye que "no son el marxismo y el capitalismo los que se hayan enfrentados hoy en el Medio Oriente, son quizá el Tercer Mundo y el mundo industrializado".

Ahora bien: una de las constantes de la literatura de Espinosa es el interés por el ocultismo, la magia, etc., claramente expresados en libros como *La tejedora de coronas*, *Los cortejos del diablo* y *El signo del pez*. De ello también nos da testimonio en "Las resurrecciones de Saint-Germain" (1970), donde, además, se muestra como gran lector de cierta literatura y ciertos autores ahora considerados como de "segunda", demasiado simples, etc., como es el caso de Alejandro Dumas, llamado "novelista de sirvientas", pero que logra entretener con sus novelas históricas. O en "La astrología y el huevo de Colón" (1972), en la que defiende la astrología y la eleva a la categoría de ciencia antiquísima y la considera como poseedora de un peculiar ascendiente sobre grandes masas humanas, coloca sobre el tapete la existencia de un decimotercer signo zodiacal, Ofiuco, entre Escorpión y Sagitario, del que volvió a hablarse en los últimos dos años del siglo XX, con el que muchos perderían cierta identidad atribuida a los astros. O en "La Iglesia de Lucifer" (1972), donde nos muestra cómo algunos sectores de la sociedad estadounidense, pese a su reconocido calvinismo, se reúnen, en privado, los fines de semana, para invocar a Satanás y dar comienzo a populosos aquelarres sabáticos, fenómeno que, pese a los controles establecidos por las autoridades, ha venido en aumento y se ha irradiado a los países latinoamericanos.

Obviamente que, como escritor y novelista de la misma tierra del creador de Macondo, su fascinación por

los hechos raros, inexplicables y fantásticos se hace presente en algunas de sus crónicas, como “La historia alucinante” (1973) en la que recuerda a Nadiezhda A. Ledebin, la bella durmiente soviética, que se acostó a dormir en 1952 y se despertó veintidós años después, y cuya historia le permite a Espinosa hacer un apretado recuento histórico de lo sucedido en la Unión Soviética mientras la mujer dormía.

En las crónicas de Espinosa es común encontrar que, a propósito de un hecho: la muerte de un personaje, la celebración de un acontecimiento, etc., el autor haga una reconstrucción histórica. Es así como, en “La visión de Chiang” (1975) cuenta la vida de Chiang Kai-shek, el líder anticomunista de Taiwan. En “Un perseguido por la felicidad” (1975) hace lo propio con el armador griego Aristóteles Onassis. Como también en “Hitler” (1975), crónica que le significó una injusta agresión por parte de dos jóvenes, en la avenida Jiménez de Bogotá, escrito que es prácticamente el único que sabemos en qué publicación apareció: *Lecturas Dominicales de El Tiempo*.



Pero no todas las crónicas que forman parte del volumen *Crónicas de un caballero andante* se centran en el extranjero. Algunas tienen relación directa con Colombia y sus personajes un tanto olvidados: “Un héroe en los aires de Colombia” (1975) es una semblanza del brigadier Camilo Daza, el primer colombiano en surcar los aires pilotando un avión, u “Hojas del árbol caídas” I y II (1975), donde hace un estupendo relato sobre las cárceles de mujeres de Colombia y en especial la del Buen Pastor en Bogotá. Así, el conjunto de crónicas de Espinosa es un sustancioso y ameno viaje a la historia reciente y lejana de Colombia y el mundo.

JOSÉ EDUARDO RUEDA
ENCISO

Avalar vidas a bala

Razones de vida

Vera Grabe

Planeta, Bogotá, 2000, 466 págs., il.

Escrito para no morir.

Bitácora de una militancia

María Eugenia Vásquez Perdomo

Ministerio de Cultura, Bogotá, 2000, 490 págs.

Casi simultáneamente, llegaron a mi escritorio dos autobiografías de dos ex dirigentes del M-19. La una, María Eugenia Vásquez, escoge un título algo dramático —*Escrito para no morir*— mientras que la otra, Vera Grabe, opta por algo más luminoso y se decide por *Razones de vida*. Pese a que las dos autoras narran su experiencia como militantes del mismo movimiento, los dos libros son muy distintos entre sí. La primera diferencia que llama la atención —y que tal vez haya sido determinante para la diferenciación de las dos miradas— es que mientras para Vera Grabe —que hace de la apuesta por la paz el centro de su libro— la entrega de armas por parte del M-19 fue una experiencia biográfica, para María Eugenia Vásquez este hecho se da un año después de haber abandonado la organización.

Mientras para Vera Grabe el fin de la lucha armada fue una decisión política, que ella sigue defendiendo de acuerdo con la idea del agotamiento de la guerra, para María Eugenia Vásquez ésta fue una decisión de tipo personal que obedeció a razones privadas y difusas:

La mía no fue una decisión radical y precisa; apareció, más bien, como opción en mi búsqueda de coherencia interior cuando el ejercicio político desde las armas ya no bastó para llenar de sentido mi existencia y entonces inicié un retiro gradual de la militancia. [pág. 14]

El interés de Vásquez tiende a ser explicar el sentido que tuvo para ella la lucha armada mientras que Gra-

be parece igualmente interesada en mostrar el sentido que tuvo terminar con ella. Eso lleva también a que, a la hora de referirse a las acciones del M-19, Vera Grabe sea mucho más crítica que su ex compañera y convierta su libro, o al menos buena parte del mismo, en una defensa de la radical apuesta por la paz que hizo el movimiento a comienzo de la década de los noventa.

Además de esas diferencias básicas, hay también muchas cosas que las distinguen en cuanto a sus orígenes, su formación y su camino hacia la militancia. La infancia de María Eugenia Vásquez resulta un tanto sombría comparada con la de Vera Grabe, y también menos sedentaria, puesto que asuntos familiares la obligan a continuos cambios de residencia.

La politización de Vásquez se produce en Pasto, a través de la influencia de unos militantes del Partido Comunista Marxista-Leninista —es decir, maoísta, para que le quede claro al que no esté familiarizado con la críptica jerga de la izquierda colombiana— con quienes coincide en un grupo de teatro.



Su formación escolar —por lo que se alcanza a inferir del libro— debió de ser bastante pobre, mientras que Vera Grabe gozó del nivel del Colegio Andino, donde empezó a producirse su politización por influencia de un profesor socialdemócrata de apellido Eckhard. Grabe, al enumerar los factores de su politización, también hace alusión al espíritu de la época —estamos hablando de comienzos de los años setenta y finales de los sesenta—, caracterizado por la tendencia general a la rebelión contra la autoridad en una actitud en la que cabía desde el culto a la guerrilla hasta la poesía nadaísta.

Mientras María Eugenia Vásquez tiene su iniciación en la izquierda tradicional —incluyendo las del movimiento estudiantil en el que participó activamente y los grupos